

TEST ABSURDO

A Selenco Vega Jácome

¿Hay libros o pasajes de libros que han cambiado su vida?

Curiosamente, las historias que marcaron mi vida, por lo menos la primera parte de ella, no fueron textos escritos, libros, sino mitos orales e historias ancashinas que, a la luz de temblorosas velas, en noches de apagones terroristas, los mayores nos contaban a los chicos, sentados todos a la mesa familiar. La historia del héroe huaracino Atusparia, que se rebeló contra los abusos de los gamonales y del Gobierno de fines del siglo XIX; la historia de uno de sus lugartenientes, el Uchcu Pedro; el drama del ladrón bueno, Luis Pardo; pero también la historia de las piedras rodantes que, durante las noches, adquirirían mañas de hombres necesitados e iban a los pueblos y caseríos a raptar a la mozas más bonitas; o la historia del monje sin cabeza, que de madrugada se ponía a moler en un batán infinidad de granos de maíz y cebada que nunca irían a convertirse en alimento; o la historia de la condenada que, al filo del crepúsculo, se presentaba en casa de mi bisabuela María Mallqui y, con engaños, lograba entrar, hasta que se descubría que tenía un hueco en la garganta por donde se escurría todo el alimento que —insaciable, ella—, había logrado engullir. Todas esas historias, esos mitos, cambiaron mi vida para siempre: me enseñaron que la imaginación y la fantasía son los lugares más hermosos para instalarse y vivir.

La Biblia, que habla de ángeles, demonios y milagros, ¿pertenece a la literatura fantástica?

Vengo de una familia de fuerte raíz católica, pero al mismo tiempo abierta en cuanto a

nuestras creencias individuales. Leo la Biblia desde muy pequeño, pero mis lecturas nunca fueron dogmáticas. Cuando comencé a hacerlo, ya mi mente estaba marcada por los mitos y las historias orales de mi infancia más remota; ello me hizo leer la Biblia de una manera muy libre e imaginativa: como literatura. Si en los mitos orales de mi gente había piedras rodantes, muertos vivientes, condenados y héroes trágicos, en la Biblia descubrí carros que se elevan al cielo envueltos en estelas luminosas (Elías), muertos que vuelven a la vida (Lázaro), condenados que conocen su suerte a través de los sueños (Nabucodonosor), héroes que son inmolados por un padre que ama pero que, al mismo tiempo, es severo y hasta cruel (Jesús). Ahora, no sé si veía la Biblia como literatura fantástica. Lo que ocurre es que, de niño, yo creía que los mitos ancashinos eran reales: yo crecí asumiendo que todas las historias, aun las más absurdas, en verdad habían ocurrido. En mi casa, cuando una puerta se cerraba de golpe, mi madre o mi tía Blanca me miraban, se santiguaban mientras en susurros decían “¡Alma!”. Como comprenderás, yo pensaba que, en efecto, había sido un ánima la que había cerrado la puerta, y no el viento de la tarde. Esos hechos me marcaron: si un alma era capaz de cerrar la puerta de mi casa, por qué no pensar que el Apocalipsis era real. Literatura real, o realista, y de la buena.

¿El sufrimiento de mil seres humanos es más que el de uno solo?

Estoy convencido de que no es el sufrimiento de uno, de dos o de mil hombres lo que convierte en un drama nuestra existencia. Es la conciencia que tenemos de la muerte lo que

nos hace desdichados, lo que nos espanta, por comparación, solidaridad, identificación... Piensa en los animales. Su vida sin conciencia los convierte en cazadores o en cazados sin drama. Para un león, un ciervo o cien ciervos muertos no marcan la diferencia. Su paso por la tierra no consiste en preguntarse por la vida o por la muerte de los otros. Su vida es bestialmente orgánica: sus vivencias están marcadas por la supervivencia: matar o morir. Esa es la diferencia, el nudo gordiano que separa a los hombres de las otras especies: la conciencia que tenemos de todo...

¿Una superficie roja de un kilómetro cuadrado es más roja que una superficie del mismo color y de un metro cuadrado?

¡Jajajá! Necesitaría ser un filósofo o un decorador de ambientes para responderte esa pregunta... Por fortuna no soy ni uno ni otro...

¿Puede usted pensar algo para lo que no exista una palabra?

Sí, claro: pero no tengo palabras para explicártelo.

¿Puede usted explicar lo que significan las palabras "o sea" o "ya pues"?

Ya pues, o sea, te lo explico: son expresiones de lo más juveniles, retozonas y deliciosas, que a los académicos de la lengua les ponen los pelos de punta (sin picarse, tía Marta).

¿Qué puede impulsar a un nihilista a querer convencer a otros de la propia opinión de que nada tiene sentido?

Su terror a darse cuenta de que la vida sí posee valor y sentido y, por tanto, haber perdido miserablemente el tiempo no creyendo en nada.

¿Qué justifica la representación de una muerte horriblemente cruel mediante un bello cuadro, una bella música o unos bellos versos?

Nada justifica la muerte de una persona, ni el arte, ni las ideologías, ni la religión. Piensa en Hannibal Lecter: es un sibarita, un artista de inteligencia superior: él, de un hombre prepara un platillo delicioso, de un policía muerto por sus manos hace una representación plástica llena de luz y de color. Su único problema es que está loco. Es un demente, un anormal.

Cuando varias personas leen el mismo libro, ¿leen realmente lo mismo?

No. Creo en esa hermosa idea de que un lector es también un autor: con sus preconcepciones, con sus juicios y experiencias personales, termina de elaborar un texto que el autor ha escrito previamente. Cuanto más imaginativo y lúcido sea el lector, cuanto más riqueza interior posea, el libro que tenga entre manos será más maravillosamente leído, comprendido y completado.

Si el arte consiste en omitir, ¿no es entonces el arte supremo no hacer absolutamente nada?

Es una idea absurda esa de que el arte consiste en omitir (idea muy pertinente para este

test, por cierto). Lo que entiendo es que el arte está hecho de silencios, de omisiones, sí, pero omisiones cómplices. Si quieres citar a Mallarmé, lo que él hacía, a mi modo de ver, eran gestos con palabras, guiños transformados en metáforas. No se trata de silencios propiamente dichos, sino de muecas escritas que interpelan al lector para que este busque el significado adecuado. Desde esta óptica, el arte supremo sería hacer con las palabras el guiño, la mueca perfecta, esa mueca que de seguro conmovería al propio Dios.

¿Están obligados los lectores a entender a un escritor o está obligado el escritor a hacerse entender por los lectores?

Ni lo uno ni lo otro, sino todo lo contrario... En verdad, no creo en la obligación en el arte. La literatura es la actividad más democrática y libre que conozco. Si leo por obligación a un autor que todos dicen que es fundamental, entonces lo más probable es que no lo vaya a entender, o que ese escritor termine generándome antipatías. Eso me pasó con Joyce, cuyo *Ulysess* terminé a regañadientes. ¿Es un genio? Sí. ¿Me gustó? No, porque lo leí forzado por un profesor que decía que nadie con aspiraciones de escritor podía dejar de

leerlo y admirarlo. Por otra parte, si soy escritor y pienso en un lector universal, un lector que es todos los lectores, corro el riesgo de no gustar a nadie, de ser muy superficial y concesivo. Lo que creo es que con la literatura ocurre lo mismo que con el amor: hay quien nos gusta y quien no nos gusta en lo más mínimo. Es difícil saber de dónde surge tal atracción (y tal repulsión): lo único real es que sí existe.

¿Hay libros que le hacen a uno enfermarse o recobrar la salud?

Hay textos que nos cambian la vida, que nos enferman, nos sacan el demonio que llevamos dentro y luego nos retornan a la vida, convertidos en versiones mejoradas de nosotros mismos. Me ocurrió con Cervantes, Rulfo, Vargas Llosa, Sábato, Vallejo (y siguen firmas).

¿Ha observado usted que un hada le satisface a cada persona tres deseos en el curso de su vida?

¿De veras? Gracias por el dato, hoy mismo pongo mi aviso clasificado en los periódicos. "Se busca urgentemente hada de los tres deseos...", o algo por el estilo.

UN VICIO

¿Un vicio? Me encanta caminar. Puedo hacerlo una, dos o tres horas al día, en verano o en invierno, de noche o de día. Es más que un ejercicio: es una actividad que ya es rutinaria, un verdadero vicio que practico junto con la lectura y la escritura. El problema está en que los zapatos me duran tres meses, aproximadamente, no más. Varias veces me he preguntado por qué disfruto tanto con las caminatas, por parques y jardines, por avenidas llenas de tráfico y humos malolientes, no importa. Creo que adoro caminar por dos razones fundamentales: primero, porque me permite pensar. Mientras camino, imagino situaciones, historias y personajes que, progresivamente, van adquiriendo forma, palpitaciones, vida y movimientos propios. Varios de los textos que he escrito (poemas, cuentos y hasta una novela) han surgido así, de caminatas interminables y solitarias por las noches, tardes y mañanas limeñas.

La segunda razón es más simbólica y la he descubierto hace poco: caminar significa estar en tránsito, en movimiento desde un lugar de inicio hasta uno de llegada. Y al estar en movimiento, al pasear, como en el conocido verso de Machado uno va eligiendo, o construyendo, su propio camino, que en mi caso varía de día en día. Visto de este modo, ¿no es el caminar una hermosa metáfora de la



creación? Por lo menos, para mí escribir es eso: ir de un punto inicial a otro de llegada: entre estas dos instancias extremas, está el camino que el escritor se construye. Así como ocurre con las caminatas, que a uno lo pueden dejar extenuado, pero feliz, la escritura también fatiga, pero gratifica, a veces superlativamente. También como le sucede al paseante, lo importante, el goce en la escritura no está ni en el comienzo ni en el final, sino en el tránsito mismo, en la travesía casi siempre azarosa que el paseante-escritor descubre y construye a su paso. Finalmente, así como el caminante se topa a su paso con sinnúmero de gente, el escritor también se topa con gente siempre nueva: sus personajes... Sí, pasear, caminar, ese es el vicio que elijo para este test.